

La pseudo revolución posturbana

JEAN-PIERRE GARNIER

Traducción: María A. Castrillo Morón

Este título corresponde a un tema nuevo que me parece que, al menos en Francia, se impone como efecto de la ofensiva ideológica de ciertos teóricos o militantes ecologistas que han abandonado la lucha por el derecho a la ciudad en beneficio del derecho... al pueblecito, a la aldea y al campo, es decir, al éxodo urbano y a la colonización de la Francia rural o semi rural por la pequeña burguesía intelectual de las áreas metropolitanas.

Yo no comparto las “alternativas verdes” propuestas en diferentes ámbitos por esos a los que llamo *escrologistes*,¹ esto es, los defensores, conscientes o no, involuntarios o no, de un capitalismo “sostenible”. En un opúsculo reciente, *Le siècle vert*, [*El siglo verde*], el filósofo Régis Debray,² inveterado nacional-estatalista donde los haya, ha sabido, sin embargo, señalar con lucidez algunos de los callejones sin salida a los que podrían conducir los delirios de la colapsología (ideología “transdisciplinar” con pretensiones científicas que se centra sobre los riesgos de colapso de la civilización y de extinción de la humanidad).³ A modo de introducción, Debray parafrasea irónicamente las dos primeras frases del *Manifiesto Comunista*: «Un espectro se cierne sobre Occidente: el colapso del sistema terrestre. Todos los poderes del mundo antiguo tratan de contener y alejar la creciente ansiedad». A continuación, describe con destreza algunas de las manifestaciones —en el sentido literal y figurado del término— de ese “internacionalismo de la angustia”, a cada cual más irrisoria.

¹ Escrologiste: juego de palabras en francés, contracción de écologiste (ecologista) y escroc (timador, estafador).

² Régis Debray, *Le siècle vert. Un changement de civilisation*, Gallimard Tracts, 2020.

³ Philippe Pelletier, *Effondrement et capitalisme vert. La colapsologie en question*, Nada éditions, 2020.

Partiendo del postulado con forma de constatación de que “la ciudad” y, más recientemente, “la metrópoli” serían una Babilonia mítica y, para los anarcoide⁴ amantes de la radicalidad, una hidra capitalista solo capaz de destruir el entorno rural o “natural” que la rodea y la vida cotidiana de las personas que la habitan, los investigadores vestidos de verde de arriba abajo han encontrado la tabla de salvación que permitirá una sociedad que sea, a la vez, más convivencial y más respetuosa con la biosfera: la huida a tierras no urbanizadas o poco urbanizadas dentro del territorio nacional. Estas, supuestamente dejadas de lado por el devastador avance de un “capitalismo desregulado”, serían esencialmente propicias para el desarrollo de un modo de vida ecológicamente responsable, solidario y menos desigual.

A combatir esta visión urbanófila, tan irénica como ilusoria, típica del imaginario del “bobotariado”⁵ urbano al final de su vida política, están dedicadas las siguientes líneas.

* * *

El año pasado, apareció en las librerías francesas un *Manifiesto para una sociedad ecologista posturbana* que ha tenido mucho éxito entre los miembros de la “clase media universitaria” francesa, enamorada de un “radicalismo verde”. ¡Una manera paradójica de celebrar el cincuentenario de la publicación de *La revolución urbana* del sociólogo Henri Lefebvre!

Según el autor, profesor de geografía, urbanismo y ciencias políticas, «desde ahora, la construcción de una sociabilidad nueva fuera de las grandes ciudades» será «el único futuro para la Humanidad y el planeta». ⁶ En otras palabras, para resolver el problema de la excesiva concentración urbana de la riqueza y del poder, bastaría dejar que el capitalismo siga concediendo la prioridad a la metropolización

⁴ En la versión original, anarcoide, del griego oídos: que tiene aspecto de, que se parece a, pero que no es. Movimiento ideológico minoritario confinado en un «entre sí» elitista. Se presenta como anticapitalista y antiestatalista, pero sus discursos y prácticas son perfectamente compatibles con la perpetuación del capitalismo y del Estado.

⁵ Juego de palabras con “bobo”, contracción de «bourgeois-bohème». Esta denominación (científicamente no controlada) se refiere a una fracción de la pequeña burguesía intelectual que vive en antiguos barrios populares “gentrificadas” por su presencia. Los “bobos” comparten ideas y un estilo de vida a la vez a contracorriente respecto del resto de la población y conformista respecto de las nuevas modas, en particular las temáticas y prácticas ecologistas.

⁶ Guillaume Faburel, *Pour en finir avec les grandes villes. Manifeste pour une société écologique post-urbaine*, Le passager clandestin, 2020.

como la conocemos: reservando, por un lado, los “renovados” barrios céntricos para la burguesía transnacional y los profesionales de la innovación tecnológica, la cultura y la publicidad –la llamada “clase creativa”– y, por otro lado, dejando los barrios de vivienda social, segregados y periféricos, para el proletariado que la metrópolis necesita para su funcionamiento. En cuanto al éxodo urbano de los “rebeldes acomodados” de la “clase media universitaria” hacia los últimos territorios poco o nada urbanizados, sus promotores tienen cuidado de no hablar de los efectos negativos de esta invasión, como son el auge de la especulación inmobiliaria, la apropiación y turistificación elitistas de territorios extraurbanos bien ubicados, las nuevas formas de segregación en perjuicio de las clases populares y la dependencia obligada del automóvil que, a pesar del uso intensivo del internet, permite a estos nuevos neo rurales mantener sus relaciones privilegiadas... y de privilegiados con sus homólogos de las grandes ciudades. Dicho de otro modo, hablamos de la “gentrificación rural” como alternativa a la metropolización.

De manera tal general como errónea, se atribuye al periodista y humorista francés Alphonse Allais el axioma según el cual «habría que construir las ciudades en el campo, el aire es allí más sano».⁷ Esta frase parece haber recobrado su actualidad en Francia gracias a una corriente ideológica que, aunque aún es minoritaria, está en pleno auge: la de los promotores de una «sociedad ecológica posturbana» alternativa a la metropolización capitalista.⁸ De hecho, va en aumento el número de jóvenes –en general, graduados universitarios– que, en lugar de seguir amontonándose en ciudades cada vez más gigantescas y densas, donde los ambientes intercambiables, artificiales y contaminados, se combinan con la aceleración del ritmo de la existencia cotidiana, han comenzado a seguir (o están tentados de hacerlo) los consejos de un grupo de pensadores universitarios que incitan a escaparse de las grandes ciudades para establecerse en espacios apenas urbanizados o netamente rurales, donde las relaciones, tanto con la naturaleza como con la gente, no solo resultarían desalienadas sino incluso enriquecidas.

Esta nueva ola de neo rurales (y los profesores-investigadores que les sirven de mentores) reedita, a su manera, la concepción dialéctica del papel del hábitat humano que defendieron los arquitectos «constructivistas» rusos tras la Revolución de Octubre. En particular, los representantes de la corriente «desurbanista» eran

⁷ Este axioma está recogido en la obra de otro periodista y humorista, Louis-Auguste Commerson, nacido medio siglo antes que Alphonse Allais.

⁸ Guillaume Faburel, *Pour en finir avec les grandes villes Manifeste pour une société écologique post-urbaine*, Le passager clandestin, 2020.

partidarios de un desmantelamiento de las grandes ciudades y de una urbanización dispersa en el campo. Con ello, esperaban operar una superación de la oposición secular entre campo y ciudad, superación que iría en paralelo con la desaparición de la división entre trabajo intelectual y trabajo manual. Para ello, la mayoría de la población rusa debería dejar poco a poco las grandes ciudades –en aquel momento, Moscú y San Petersburgo– para vivir en el marco de una “nueva repartición territorial” que facilitaría la “reconstrucción del modo de vida”, ya fuere en el trabajo, el ocio o la cultura. Sería un “modo de vida” inédito que daría luz a un “hombre nuevo”. Para los “desurbanistas”, como para otras corrientes del movimiento constructivista, el hábitat construido, «reflejo de una sociedad nueva, era también entendido como el molde en el cual debía formarse dicha sociedad»⁹. Sin embargo, como subrayó Henri Lefebvre, este movimiento de urbanistas antiurbanos solo podía fracasar.

El crecimiento de las ciudades soviéticas en tamaño, en importancia y en peso político, no se ha detenido. En otras palabras, a pesar de los esfuerzos de gentes muy utopistas en un momento en que se creían muy realistas y racionales, la revolución urbana prosigue en los países llamados socialistas, sin que por ello haya un pensamiento urbanístico diferente del que hace estragos en los países capitalistas.¹⁰

Una gran diferencia separa, sin embargo, a aquellos utopistas revolucionarios soviéticos de los adeptos franceses contemporáneos de la «relocalización para una economía verde y solidaria»: ¹¹ para lograr el advenimiento de su tan querida “sociedad ecológica posturbana”, no hay ninguna necesidad de trastornar las relaciones de producción capitalistas. El horizonte no es «la abolición del trabajo asalariado, la destrucción del Estado y la autogestión generalizada», como preconizaba el sociólogo marxiano Henri Lefebvre; ninguna necesidad, por tanto, de una transición a una sociedad socialista y, menos aún, comunista.¹² De hecho, en ningún momento se plantea la cuestión de acabar con el capitalismo. En vez de ello, aparece el modelo idealizado de un «comunalismo libertario bioregionalizado»¹³ donde, según los portavoces del movimiento, se inventarían «otras maneras de vivir y de subvertir el orden del mundo», aunque se dejase intacto el reino del capital sobre el resto del territorio nacional, por no hablar de la escala interna-

⁹ Anatole Kopp, *Ville et révolution*, Éditions Anthropos, 1967.

¹⁰ Henri Lefebvre, *La révolution urbaine*, Gallimard, colección Idées, 1970.

¹¹ *Ce qui dépend de nous. Relocalisation pour une économie verte et solidaire*. Attac/ Les liens qui libèrent, 2020.

¹² Henri Lefebvre, *De l'État. Vol 4. Les contradictions de l'État moderne*, UGE, 1978.

¹³ Guillaume Faburel, *op. cit.*

cional. La emancipación de una vida en común ya no se efectuaría partiendo de un enfrentamiento brutal con la burguesía, sus aliados y sus aparatos represivos, sino siguiendo un proceso pacífico descentralizado de deserción y secesión espaciales que fragmentaría el territorio. En suma, para acabar no con el modo de producción capitalista sino con las grandes ciudades, habría una sola solución: la gentrificación de la «Francia periférica», la de las zonas rurales y las pequeñas ciudades donde las clases populares constituyen hoy la mayoría de la población.¹⁴ Mientras que burgueses y proletarios permanecerían en las áreas metropolitanas (por supuesto, manteniendo estatus diversos e incluso opuestos como urbanitas), los neo pequeños burgueses de la “clase media universitaria” empezarían a emigrar en masa hacia territorios predominantemente rurales, más o menos alejados, para escapar al medio ambiente cada vez más deletéreo de la gran ciudad. Paradójicamente, según uno de los gurús ya mencionados de la desurbanización ecológica, eso sería la vía privilegiada que permitiría impedir que se prosiga «la obra colonial de metropolización del mundo»¹⁵. No se percataba que empezaría entonces la colonización neo pequeño burguesa del mundo rural.

Así, medio siglo después de los “neo rurales” franceses de los años setenta, esto es, de los estudiantes contestatarios del Mayo del 68 y de sus sueños frustrados de “cambiar la sociedad” y, en particular, de “cambiar la ciudad para cambiar la vida”, vemos llegar una nueva generación de “neo aldeanos” que han partido a la conquista de la “Francia periférica”. Esta nueva ola huye de la metropolización en lugar de luchar contra ella y, por tanto, contra el sistema social que la genera. Al igual que muchos fanfarrones de anfiteatros universitarios, esto no les impide manejar un vocabulario y unas referencias que les permiten presentarse como adversarios decididos del capitalismo. Guillaume Faburel, por ejemplo, llama a «mostrarse más belicoso para hundir el barco» que sería «el buque insignia metropolitano» y a «armar una acción directa para acelerar el advenimiento de una sociedad ecológica posturbana». Diríase que los servicios de inteligencia estatales están mal informados sobre esta amenaza, ya que, en estas regiones en vía de colonización «bobo¹⁶-ecolo», no se encuentra huella alguna de ningún despliegue de las “fuer-

La ola de neo rurales huye de la metropolización en lugar de luchar contra ella y, por tanto, contra el sistema social que la genera

¹⁴ Christophe Guilluy, *La France périphérique*. Flammarion, 2014.

¹⁵ Guillaume Faburel, *op. cit.*

¹⁶ Ver nota 4.

zas del orden” burgués para poner fin a esta «subversiva defensa fértil». ¹⁷ ¿La falsa alarma de Tarnac, ¹⁸ en la que los gobernantes franceses se sintieron amenazados por una insurrección que no existía, les habrá traumatizado y paralizado definitivamente? ¹⁹

Si damos crédito a uno de los profetas más influyentes de esta urbanización reverdecida, «el por-venir, el de la autonomía de la vidas y de sus ecologías, ya ha empezado a desplegarse muy ampliamente fuera de los radares de las instituciones e incluso de los pensamientos actuales de la izquierda llamada ecológica». ²⁰ Son interesantes las palabras de una ex diputada de Europa Ecología-Los Verdes que se fue a vivir con su compañero a un pueblecito de los confines de Bretaña donde ella pudo, a pesar de todo, conseguir un puesto de directora de museo y él, de asistente de educación en un liceo. Comparaba su retiro rural con las “zonas refugio” de los nativos zapatistas en Chiapas (México) o de los combatientes kurdos del Rojava en Siria, y no vacilaba en identificarse con el subcomandante Marcos para dar la prueba de la existencia de “focos de resistencia” que solo habría que multiplicar y federar para generalizar el modo de vida posturbano en el conjunto del país.

Sin reírse, este pequeño mundo de titulados desclasados/reclasados que se hacen pasar por “resistentes al sistema” establece un vínculo de equivalencia entre sociedad posturbana y sociedad postcapitalista. De hecho, así lo dicen: «el famoso “mundo después”, ²¹ que ya hizo correr tanta tinta durante el periodo tan particular de la pandemia y del confinamiento, ya está de hecho ahí y bien claro». ²² De ahí que el lema revolucionario que se impone resulte obvio, escritura “inclusiva” incluida: «¡A los campos, ciudadanos/as!». «No se puede salir de la ciudad capitalista sin salir del capitalismo», solía afirmar Henri Lefebvre. Pero los neo rurales de la pseudo revolución posturbana han descubierto una alternativa: establecerse en el campo.

¹⁷ Esta supuesta fertilidad remite al carácter que se postula para los neo rurales y sus actividades: imaginativos, inventivos y generosos.

¹⁸ Tarnac: nombre de una aldea del centro de Francia donde ocho militantes de la izquierda radical agrupados alrededor de una tienda-restaurante «alternativa» fueron detenidos y encarcelados en el 2008 bajo el cargo falso de sabotaje de una línea de TAV y, luego, juzgados y puestos en libertad.

¹⁹ Referencia a un pequeño folleto político ultraizquierdista, *La insurrección que viene*, escrito por un llamado “Comité Invisible”. Después del «asunto Tarnac», obtuvo un éxito de ventas.

²⁰ Guillaume Faburel, *op. cit.*

²¹ En Francia, la intelectualidad y los medios de comunicación “alternativos” de izquierda compensan la total impotencia política de la gente que los lee o escucha con una verborrea inagotable acerca de lo que debe ser y, para muchos, será el mundo después del Estado de emergencia, el confinamiento y otros atentados contra las libertades y los derechos consagrados so pretexto de la “urgencia sanitaria” por causa de la COVID-19.

²² Guillaume Faburel, *op. cit.*

La encantada descripción de las “maneras diferentes de vivir” que florecerían en la tierra de la neo ruralidad resultante del éxodo urbano corresponde en todas sus facetas a los “nuevos paradigmas societa-rios” que hacen las delicias de los neo pequeños bur-gueses urbanos infatuados por el ecologismo: sobriedad, simplicidad, sostenibilidad, convivialidad, benevolencia, ayuda mutua, reciprocidad, autentici-dad, autonomía... Así pues, cabe relativizar la ruptura que introduciría esta mu-danza fuera de las grandes ciudades en el modo de vida de la gente que las ha dejado.

El mundo de titulados desclasados/reclasados “resistentes al sistema” establece un vínculo de equivalencia entre sociedad posturbana y sociedad postcapitalista

Reconfiguración de la ruralidad

En primer lugar, si «la categoría “rural” se ve hoy día reconfigurada»²³ por la llegada de los neo aldeanos, como se congratulan en reconocer los apologistas de la “de-surbanización”, es debido, sencillamente, las más de las veces, a la transposición de las prácticas típicas de los habitantes de los barrios gentrificados de las grandes ciudades, ya sean hábitos de trabajo o actividades de ocio. Numerosos recién lle-gados siguen viviendo profesionalmente como lo hacían en la ciudad, como es el caso de los arquitectos, paisajistas, decoradores o artistas plásticos, y también los escritores y catedráticos, cuyos ingresos no deben nada a los recursos de su nuevo lugar de residencia. Lo mismo ocurre, desde luego, con los investigadores en ciencias humanas, domiciliados fuera de las ciudades en los periodos en los que no tienen que dar clases, pero no tanto con los de las ciencias llamadas “duras”, que suelen tener que vivir cerca de sus laboratorios.

La “reconfiguración” de la categoría “rural” atañe también la artesanía y el comer-cio, en particular en los “pueblos con encanto” y en los “pueblos más bonitos de Francia”, con vocación cada vez más turística. En ellos, ya se pierde la cuenta del número de tiendas, puestos de mercado y restaurantes “bio” abastecidos bien sea por neo rurales que sacan provecho del segmento de mercado de la alimentación ecológica bien sea por campesinos de la región que han reconvertido su produc-ción a tal efecto. Igualmente, se ve desarrollarse una artesanía dirigida a las mis-

²³ *Ibid.*

mas clientelas: turistas venidos de lejos o visitantes de ciudades cercanas atraídos por la compra de productos “típicos” o “sanos”. Añadido a ello, la multiplicación de las residencias secundarias y “casas rurales” acondicionadas en edificios antiguos “rehabilitados” completa el desembarco de la gentrificación en espacios donde, si la tendencia prosigue, pronto nos preguntaremos si están en vías de desruralización o de reurbanización.

En los círculos de la izquierda autoproclamada radical, ansiosa de “secesionarse” de la urbanización del capital e incluso, en el caso de los más atrevidos, también del Estado (aunque solo sea de palabra), están hoy de moda los discursos en los que se asignan cualidades innumerables a la vida en el medio rural metamorfoseado por la presencia de algunos de sus miembros. Esos discursos, sin embargo, pasan completamente por alto dos aspectos. Uno ha sido ya apuntado: la metropolización no solo continúa sino que, además, tendería a dejar de estar obstaculizada –aunque solo sea ligeramente obstaculizada– por las “luchas urbanas” suscitadas en el transcurso de las décadas anteriores.²⁴ El segundo aspecto es más importante: omiten, muy particularmente, las nuevas formas de segregación y de apropiación privativa que se desarrollan en el espacio extra-metropolitano. Al igual que sucediera con el «derecho a la ciudad» en las áreas metropolitanas, el derecho al campo –si es que se puede decir así– tiende a volverse cada vez más exclusivo y excluyente en las zonas aún predominantemente rurales y poco a poco repobladas por recién llegados que traen con ellos el “entre sí”²⁵ que ya practicaban antes como habitantes de ciudad y que ahora importan en sus nuevos lugares de residencia, trabajo y ocio. Así, en el seno de los pueblecitos y de las aldeas o en su cercanía inmediata se encuentran los mismos tipos de «sociabilidades marcadas por una proximidad socioespacial y fundadas en la reagrupación de personas con características comunes» (las propias de los barrios gentrificados de las metrópolis) y que «pertenecen a la misma clase social y valorizan la misma forma de compromiso en la sociedad civil».²⁶ Por ello, algunos investigadores ingleses, con un cierto sentido del humor, proponen reemplazar el término de *gentrification* por el de *greentrification*.²⁷

²⁴ Jean-Pierre Garnier, «La révolution post-urbaine Du grand récit de la métropolisation aux petits récits de la néo-urbanisation», *Militant*, núm. 158, 1^{er} semestre 2020.

²⁵ En francés, *entre-soi*. Se refiere a una suerte de endogamia social intencional practicada entre las clases medias y altas [Nota de la traductora]

²⁶ Flamina Paddeu, «Agriculture urbaine. Entre réappropriation habitante et capitalisme vert», en Mathieu Adam y Émeline Comby (dir.), *Le capital dans la cité. Une encyclopédie politique de la ville*, Éditions Amsterdam, 2020.

²⁷ Darren P. Smith y Deborah A. Phillips, «Socio-cultural representations of greentrified Pennine rurality», *Journal of Rural Studies*, 17(4), 2001.

Aunque los perfiles socioprofesionales de los neo rurales son diversos, la composición sociológica de las microsociedades que constituyen es, en su mayoría, neo pequeño burguesa, con un porcentaje sustancial de asalariados del Estado dotados con títulos universitarios y, sobre todo, de profesionales liberales de la cultura y de la comunicación, que encuentran en el exilio urbano la posibilidad de sacar provecho con más facilidad y placer de sus sólidos capitales escolares, culturales y de su vida social. Vivir en medio rural no les impide conservar estrechos contactos con sus semejantes residentes áreas metropolitanas. Son adeptos del teletrabajo y están siempre conectados a las redes llamadas sociales y, en particular, con las “webs alternativas” que han proliferado en los últimos años y que son muy apreciadas por los más “contestatarios”. Así, para ellos, la distancia y la lejanía física no representan un obstáculo para sus intercambios, máxime si se tiene en cuenta que esos posibles obstáculos son, además, relativamente fáciles de superar para quienes, teniendo ingresos suficientes, horarios elásticos y agendas bien nutridas de contactos, pueden hacer viajes de ida y vuelta frecuentes entre las grandes ciudades y el lugar de su exilio rural voluntario. Y, por lo que se ve, la inversa es igualmente cierta, a juzgar por la afluencia de visitas de “bobos” de grandes ciudades a los lugares que han acogido a sus homólogos “ruralizados”, ya sea para encuentros, debates, conferencias, exposiciones, conciertos, festivales o fiestas que son otras tantas oportunidades para soldar y reforzar una solidaridad de clase. A menudo, estos eventos son programados bajo el signo de la “resistencia”, cuando no de la “emancipación” (¡compromiso de “izquierda radical” obliga!), palabras que han quedado vacías de sentido en medio del abandono de cualquier perspectiva concreta de transformación profunda de las relaciones sociales capitalistas a nivel del país entero.

Si prosigue la tendencia a la neo ruralidad, pronto nos preguntaremos si esos espacios están en vías de desruralización o de reurbanización

«Portadores de proyectos, pioneros abriendo caminos, estos jóvenes activos inclasificables son con mucha frecuencia empresarios de espíritu».²⁸ Semejante diagnóstico puede parecer paradójico, ya que un cierto número de ellos afirman ser enemigos irreductibles del neoliberalismo, del mercado y de la libre empresa, y los más engreídos llegan incluso declararse militantes fieles de la tradición libertaria, por más que estén totalmente desconectados del mundo obrero donde este ideal

²⁸ Yves Gilbert, «Migrations urbaines en milieu rural : diversification sociale et recomposition du politique», *Espaces et Sociétés*, núm. 143, 2010.

nació y se desarrolló en los pasados siglos. Con todo, no es raro encontrar antiguos neo rurales dotados de un bagaje intelectual que les permitió llevar a cabo proyectos innovadores de carácter ecológico en el campo de la agricultura o de la ganadería. Las encuestas muestran que los circuitos cortos de proximidad (CCP) gozan del

Algunos investigadores ingleses, con un cierto sentido del humor, proponen reemplazar el término de *gentrification* por el de *greentrification*

favor de los neo pequeños burgueses, tanto del lado de los productores como del de los consumidores. Entre estos últimos, están sobrerrepresentados los trabajadores más cualificados, pertenecientes a las categorías socioprofesionales superiores. Por otra parte, los agricultores y criadores en CCP tienen también una formación académica mayor que el promedio del sector. Unos y otros pertenecen a una misma clase en lo que se refiere a los capitales y criterios culturales, simbólicos, económicos y sociales. Los rendimientos económicos superiores a la media que obtienen las explotaciones involucradas en CCP pueden provenir de la capacidad de los productores de entrar fácilmente en contacto con una clientela dispuesta a aprovisionarse de este modo.

Entre los neo rurales, hay una minoría ha escogido un camino bien diferente. Han invertido el capital intelectual y también de contactos sociales que acumularon en la ciudad en actividades que se pueden calificar como político-ideológico-culturales. Han convertido el lugar donde se han instalado (y que han adquirido con sus ahorros y, a veces, la reventa especulativa de una vivienda ubicada en el barrio gentrificado de una gran ciudad) en un foco de agitación mediática dirigida a la *intelligentsia* urbana nacional, aunque la gente atraída por este tipo de iniciativas sean solo las minorías habitualmente implicadas.

Entre los neo rurales, hay una minoría ha escogido un camino bien diferente. Han invertido el capital intelectual y también de contactos sociales que acumularon en la ciudad en actividades que se pueden calificar como político-ideológico-culturales. Han convertido el lugar donde se han instalado (y que han adquirido con sus ahorros y, a veces, la reventa especulativa de una vivienda ubicada en el barrio gentrificado de una gran ciudad) en un foco de agitación mediática dirigida a la *intelligentsia* urbana nacional, aunque la gente atraída por este tipo de iniciativas sean solo las minorías habitualmente implicadas.

De manera general, esta huida hacia tierras no urbanizadas, además de no poner fin a los procesos de metropolización, tampoco hace desaparecer las divisiones socioespaciales, sino que, por el contrario, las reproduce bajo nuevas formas. De hecho, las lógicas de dominación y de exclusión que sustentan en el espacio urbano las desigualdades de acceso al «derecho a la ciudad» se mantienen cuando pequeños burgueses intelectuales se van a “vivir de otro modo” en un espacio rural. Las estratificaciones y separaciones sociales reaparecen, pero esta vez entre la “gente ordinaria” de la “Francia profunda”, cuya situación sigue dependiendo ampliamente de su anclaje tradicional en el territorio local, y los «gentrificadores rurales, una especie de “gentlemen farmers” sin granja, cuyas actividades profesionales entran en el campo de la economía general».²⁹ Desde que se publicó el artículo

²⁹ *Ibid.*

más citado en Francia por los investigadores especializados en estudios urbanos, que disipaba las ilusiones acerca de los beneficios de la mezcla social en el asentamiento de la población en los grandes polígonos de viviendas sociales,³⁰ se ha vuelto un lugar común recordar que proximidad física no implica intercambio social. Y eso vale igualmente para la coexistencia, fuera de las grandes ciudades, entre grupos sociales tan distintos como los “bobos” neo rurales y las capas populares secularmente en el territorio que aquellos están invadiendo. A modo de ejemplo, se puede mencionar este comentario de un sociólogo que estudia el impacto social en el medio rural de las migraciones urbanas: «¿Cómo un agricultor o un artesano tradicional de un pueblo puede imaginarse que su vecino, que se pasa el día discutiendo por teléfono, es un teleasistente para niños que encuentran dificultades en el uso de juegos electrónicos y que se puede vivir de eso?».³¹

De hecho, no es gratuito que cada vez haya más investigadores que hablan de “gentrificación rural” cuando analizan las transformaciones socioespaciales acaecidas en los medios rurales o “naturales” como efecto de la llegada de gentes pertenecientes a las clases medias de origen universitaria, ya sea con carácter temporal –caso de los turistas–, ya sea de forma permanente o definitiva –caso de los neo rurales. Se usan también otras palabras que igualmente vienen a contradecir esa visión irénica que andan vendiendo los promotores de la sociedad posturbana de una vuelta a la sociabilidad calmada y a la cultura del compartir propia de las comunidades rurales; palabras como colonización, invasión, confiscación, dominación, exclusión... Es significativo que algunos llegan incluso a hablar de “frente ecológico” para erigirlo en categoría relativa al avance, aunque sea embrionario, de la urbanización del campo, una fuente de relaciones de fuerza, tensiones y fricciones con la población local preexistente.³²

En las zonas donde el paisaje o el patrimonio arquitectónico son más atractivos, el auge de los precios de terrenos y edificios ejerce ya un efecto disuasorio para las capas sociales con ingresos limitados que desean mudarse fuera de la gran ciudad. Si lo consiguen, en el mejor de los casos, se encontrarán relegadas a los márgenes ecológica y estéticamente menos interesantes de las zonas rurales codiciadas. En otras palabras, entrarán de nuevo en acción allí procesos de segregación socio-espacial análogos, por su dinámica de clase, a los observados en el periurbano metropolitano.

³⁰ Jean-Claude Chamboredon y Madeleine Lemaire, «Proximité sociale et distance sociale», *Revue française de sociologie*, 1970.

³¹ Yves Gilbert, *op. cit.*

³² Sylvain Guyot y Frédéric Richard, «Les fronts écologiques - Une clef de lecture socio-territoriale des enjeux environnementaux ?», *L'espace politique*, 3/2009.

En fin, si, por milagro, esta pseudo revolución ecológica posturbana aconteciese, quizás se podría «habitar la Tierra»³³ de otra manera, «consumir menos y mejor», «cooperar localmente sobre la base de la ayuda mutua y la reciprocidad» y «reconquistar una autonomía autogestionando tanto cuanto se pueda los propios medios para atender a las necesidades vitales», pero todo eso se realizaría al precio de un confinamiento elitista entre pares, en lugares preservados y... reservados, apartados del resto de la población. Por esa razón, es perfectamente ridículo proclamar que, gracias a «este tríptico habitar/cooperar/autogestionar, nosotros labramos los primeros caminos emancipadores de una era no solamente postmetropolitana, [...] sino posturbana».

Con un gusto por la autocrítica poco extendido en los medios anarcoides, uno de sus activistas e ideólogos más destacados resume bastante bien y de forma irónica lo que cabe pensar de esta renuncia triunfalista a la lucha anticapitalista por el derecho a la ciudad: «En lugar de sacrificarse esperando “la gran noche”, nos acondicionamos un pequeño nicho de autonomía económica».³⁴ Es verdad que lo que es esperado –pero no deseado, sino temido– por los neo pequeños burgueses alineados con la colapsología no es ya «la gran noche» de la revolución, sino «la pérdida ecológica a la cual nos condenaría la urbanización total de la Tierra».³⁵ Esta creencia es lógica para una clase llegada al final de sus posibilidades históricas y que, conscientemente o no, ha tomado buena nota de su función estructural de «agente dominado de la dominación», como la definía el sociólogo Pierre Bourdieu, para nunca más tratar de salir ahí y solidarizarse con los más dominados, puesto que «creer en el colapso es prescindir de una revolución social y política».³⁶ A su manera, cáustica y hastiada, Régis Debray, decididamente en estado de gracia, se dice divertido por «haber visto en fundido encadenado», al pasar de un siglo a otro, «la transición de una religión secular de la Historia a un culto religioso de la Naturaleza».³⁷

Jean-Pierre Garnier es sociólogo urbano.

³³ Considerando el planeta como una divinidad (Gaia), los ecologistas más enajenados lo nombran con mayúscula.

³⁴ «Matthieu Burnel, le “Rouennais de Tarnac”: la révolution à demi-mot», *Paris-Normandie*, 20 de septiembre de 2015.

³⁵ Guillaume Faburel, *op. cit.*

³⁶ Catherine Larrère y Raphaël Larrère, *Le pire n'est pas certain. Essai sur l'aveuglement catastrophiste*, Premier Parallèle, 2020.

³⁷ Régis Debray, *D'un siècle l'autre*, Gallimard, 2020.